



## Agustín de Foxá (1906-1959)

Probablemente, el Agustín de Foxá más conocido sea el narrador de cariz falangista que dio a las prensas en 1938 *Madrid, de Corte a cheka*. Sin embargo, hubo también un Agustín de Foxá anterior dedicado en dos libros al cultivo de la poesía. El primer poemario, *La niña del caracol*, de 1931, «nos lo presenta como un poeta al tanto de la nueva poesía, que ha aprendido del Lorca del *Romancero gitano* a unir tradición y vanguardia, la música del romance y las audacias metafóricas que tienen su origen en Gómez de la Serna y el surrealismo» (García Martín, 2001: 75). De este volumen son los poemas «Romance del venado», que alude a San Humberto (patrón de los cazadores) para relatar un pequeño cuadro romanceado de temática cinegética; y «Romance del Monasterio de Silos» que es, al cabo, una composición de cariz descriptivo sobre el famoso monasterio burgalés. En *El toro, la muerte y el agua*, de 1935, el magisterio de Lorca deja paso a la influencia estética nerudiana (no ideológica, es evidente) de *Residencia en la tierra* (García Martín, 2001: 76), cuyo regusto por las sombras «contrasta con el carácter rubeniano y colorista que suele atribuirse a la poesía de Foxá» (2001: 77), tal y como sucede, desde su significativo título, en «Ciudad en la niebla» ambientado en una ciudad provinciana, en cuya descripción hay numerosas alusiones a elementos arquitectónicos medievales.

### Romance del venado

A Antonio Marichalar<sup>162</sup>

Era un cisne disfrazado  
el venado aquel que hablaba.  
Rosal sin rosas sus cuernos  
y un arcángel su mirada.  
San Humberto de cruz de oro  
con bordes de madrugada  
prepara duras ballestas

162. Antonio Marichalar (1893-1973) fue un crítico literario español, colaborador en *El sol* y *Revista de Occidente*, así como redactor de *Escorial*.

con guantes rojos y espadas<sup>163</sup>.  
Las escopetas de chispa  
atragantadas de balas  
y el cielo lleno de heridas  
sobre sus ojos de escarcha.  
Dejó la seda del vaho  
dormida sobre una rama  
galopó sin crin ni espuelas  
por tréboles y distancias.  
Brazos de espuma, los ríos  
furiosos le amenazaban  
y los montes se reían  
con un eco de campana.  
La cruz bañada en milagro  
entre sus astas bailaba.

.....

Por la herida de un balazo  
le entró toda la mañana  
aire de pino y resina  
no cribado en la garganta.  
Su lengua untada de sangre  
sabía a amapolas agrías  
y era la cruz en sus cuernos  
una bombilla apagada.

(*La niña del caracol*, 1931;  
extraído de *Obras completas I*, 1971, pp. 29-30)

### **Romance del Monasterio de Silos<sup>164</sup>**

A Concha Albornoz<sup>165</sup>

Tres cálices de oro frío  
imantan la madrugada.

---

163. San Humberto de Lieja, nacido a mediados del siglo VII y fallecido en el 727, es el patrono de los cazadores.

164. El Monasterio benedictino de Silos, ubicado en Santo Domingo de Silos (Burgos), fue fundado en el siglo VII y reconstruido a en varias ocasiones a partir del siglo XI. Su claustro es considerado uno de los más relevantes ejemplos del románico en la Península Ibérica. En su archivo fueron encontradas las llamadas *Glosas silenses*, una de las muestras más antiguas de lengua romance peninsular que datan de finales del siglo XI.

165. Concha de Albornoz (1900-1972) fue una intelectual española, cercana a la Generación del 27. Una reconstrucción de su vida puede verse en López García (2013: 482-511).

Cincuenta monjes venían  
príncipes de tenue espada  
con un lirio en la cabeza  
y un dragón de oro en la planta.  
Silos de tomillo y greda  
toscos misales levanta  
viñas marchitas de enero  
sangre de Cristo nevada.  
Estallaban los luceros  
su dinamita de plata  
y el novicio con ojeras  
junto al girasol y al agua  
rompe loco su pureza  
entre ladridos y llamas.  
Tres cálices de oro frío  
hacen las misas amargas.  
A media noche subía  
una oración alargada  
a los pozos de la luna  
turbios de silencio y almas.  
¡Ay! Silos de malva y piedra.  
¡Ay! Silos de piedra y malva.

(*La niña del caracol*, 1931;  
extraído de *Obras completas I*, 1971, p. 30)

### **Ciudad en la niebla (Provincia de acacias y miradores)**

A Luisa

El pulso de la alcoba,  
aquel reloj en penumbra,  
con sus músicas lentas  
y un polvo entre resortes y cadenas.  
Residuos de fantasmas en el fósforo.  
Mi abuela y galería con obleas.  
Yo, niño, entre los miedos de las doce.  
Campanadas con lluvia...  
En la muralla, hacia las nueve, cierran.

Cristales, latigazos y maletas,  
ya venía aquel coche  
de una estación de trenes entre niebla.

La Catedral abría una tertulia  
de apóstoles románicos;  
la piedra  
frágil del nimbo: al fondo,  
acacias...

Pena y lluvia.  
¡Qué tristeza...!  
El amor se moría confesando.  
Era pecado el beso;  
una linterna  
llevaba el Deán bajo los soportales.  
Campo, surcos y bueyes; sementeras,  
conversación de trigo y procesiones  
en chocolate y naípe de las viejas.  
El Coronel, el Conde y el Obispo  
en tresillos eternos;  
lejos, ella,  
tras mirador con los visillos rosas,  
flácido el seno y ya con más de treinta,  
haciendo unos chalecos de ganchillo  
para hijos de otra;

lluvia gris y lenta.  
El pulso de la alcoba entre cortinas,  
casi ataúd, la cama de la abuela  
y olor a muerta, a naftalina y sábanas;  
y el verdín de la lluvia entre las tejas...  
Allí mi fantasía,  
roja o verde, desnudos y cerezas  
leyendo al pie de una bombilla triste  
una anticuada Historia de Inglaterra.

(*El toro, la muerte y el agua*, 1931;  
extraído de *Obras completas I*, 1971, pp. 47-48)